

EL APARTAMENTO

Cedric Ceballos

El apartamento de verano quedó en silencio durante octubre, mes en que nadie lo ocupó ni un solo instante. Las nubes asolaban el mar, aunque de vez en cuando un rayo de sol aparecía desde lo gris y enfocaba un metro de agua. Los pinos cercanos se movían por el viento y ya no quedaban coches cerca de la arena, que seguía amarilla, aunque mucho más fría que en agosto. Las cosas permanecían allí en la casa. Las sillas, los libros, las toallas. Las lámparas, apagadas. Las baldosas del cuarto de baño, iluminadas con algún reflejo de luz pálida que llegaba desde el salón a través de la puerta entornada. Los cristales de la corredera del balcón se movían levemente de vez en cuando por el aire inquieto. El día uno de noviembre la puerta de la casa se abrió y entró en ella un hombre. Era un hombre alto y fuerte, de pelo negro. Rondaba los cuarenta años e iba vestido con chanclas y bañador, a pesar de que aquel mismo día de noviembre había llovido. No hacía demasiado frío. En el edificio no había absolutamente nadie. El hombre dejó las llaves encima del aparador de la entrada y el pequeño bolso de mano en el sofá, donde desde septiembre había unos granos de arena amarilla. Miró por la cristalera de la terraza el mar gris de la tarde, después se sentó en una silla, sacó un móvil y marcó un número.

- Ya –dijo cuando descolgaron -. No hay nadie en el edificio. ¿Cuánto? ¿tres horas? ¿más?

El hombre se levantó y volvió a mirar el mar. Una mosca, muy lenta, cruzó por delante de su cara. Dio un manotazo y la espantó. Se quitó el bañador y las chanclas, y se fue a la ducha. Después volvió en sus pasos, se dirigió a la cocina desnudo y encendió el calentador. Regresó al baño y se duchó. Se vistió en el salón con unos pantalones que sacó de la pequeña bolsa, pero antes de abrocharse el último botón, miró el mar y se los quitó. Se puso el bañador y las chanclas de nuevo y salió de la casa después de coger las llaves del aparador. Desde el apartamento se podía ver al hombre llegar a la carretera y cruzar hasta la arena, recorrer la playa y lanzarse al mar después de dejar atrás sus chanclas, sin pararse un solo instante. Nadó cien metros y se quedó inmóvil. Desde allí su cabeza era un minúsculo detalle cuya presencia habría pasado desapercibida para quien no hubiera asistido al recorrido del hombre a través de la arena y después, por el mar, nadando a crol. Eran las cinco de la tarde, pero las nubes hacían que casi pareciera de noche y las luces de las farolas, en la carretera, se habían encendido ya. El hombre volvió a la orilla, nadando esta vez a braza. Ya en el apartamento se duchó y se vistió, esta vez por completo. Vaqueros y camisa. Y zapatos. Encendió el televisor. Cuando el cielo estaba completamente oscuro llamaron al móvil.

- Sube. No, no bajo. Ahora no. Aparca y sube.

A los pocos minutos una mujer rubia abría la puerta y llegaba al salón caminando aprisa. Tenía un pequeño bolso en la mano. Su marido la miró desde el sofá. Ella dijo:

- ¿Pero no íbamos a hacerlo ahora?
- No. Ahora no. Siéntate. No hay nada de comer. Tengo hambre.
- Hay que hacerlo ahora.
- Que no, Carmen. Esta noche no. Vamos a comer.
- ¿El qué? Has dicho que no había nada –la mujer encendió un cigarrillo, ya sentada.
- Yo qué sé, joder –el hombre dijo esto apretando la mandíbula y mirándola a los ojos-. Nunca piensas en nada. Vamos a salir, comemos fuera.
- ¿Para eso tanta prisa, Rafa? ¿para eso? –la mujer se levantó bruscamente y se fue al baño con el cigarro entre los labios y el ceño fruncido por el repentino ataque de furia del hombre. Durante el tiempo que estuvo dentro, el hombre miró el mar, que no se diferenciaba ya del cielo lleno de nubes sin luz. Se asomó un instante al balcón, volvió a entrar y se puso un jersey. Cuando ella terminó, él cogió las llaves y la cartera, y ella le preguntó:
- Dime antes por qué mañana. Quedamos en que lo haríamos hoy.
- Pues va a ser mañana.
- No has comprado las pesas.
- Sí las he comprado.
- ¿Entonces?
- No está la barca, la tiene mi hermano. Pero lo he llamado y me ha dicho que mañana a primera hora la trae.
- Mierda. ¿Y por qué la tiene él?
- Me la pidió. Se la di. Punto.
- Y no te acordabas
- Exacto, no me acordaba. Carmen, hasta mañana por la noche vamos a dejar el tema ¿de acuerdo?

Salieron del apartamento a las diez. A las doce ya estaban acostados. El se levantó a las doce y diez para abrir la ventana.

- No –dijo ella medio dormida -, tengo frío.

Él entonces se giró y le besó un pecho por encima de la sábana. Ella no se movió. Después acercó una mano a su sexo y ella le apartó la mano. El hombre volvió a tumbarse boca arriba y miró el techo. Al cabo de un minuto la mujer se levantó y se acostó en el sofá del salón. Se incorporó para quitar los granos de arena y se acurrucó en posición de defensa, mientras las olas, taimadas, la devolvían al sueño. El apartamento estaba en completo silencio. Sólo un poco después, cuando ella ya no podía oír nada, se escuchó el sonido grave de la respiración del hombre, densa y continua hasta que fue de día. La mosca, que no se había movido de la lámpara desde la tarde, permaneció allí toda la noche.

A las ocho de la mañana sonó un móvil y él se levantó con un sobresalto.

- ¿Sí? Ah, hola Juan. ¿Estás abajo? Voy.

El hombre se puso los vaqueros y las chanclas, y salió del apartamento. Encontró a su hermano en la entrada de la urbanización, con la barca sobre el remolque enganchado a su Volkswagen.

- Hola.

- Hola.

Se besaron. Después el hombre se apoyó en la ventanilla. Su hermano lo miró desde abajo.

- ¿Qué haces aquí?

- Estoy con Carmen.

- ¿Ya no trabajas o qué?

- Sí. Me he pedido una semana.

- ¿En noviembre?

- Tenemos algunos problemas. Pero lo solucionamos en unos días.

- Si puedo hacer algo.

- No. Bueno sí, traer la barca.

- Pues aquí la tienes.

El hombre, que ya había visto el remolque, miró hacia atrás y dijo:

- Estupendo. Gracias.

- Gracias a ti. Es tuya.

- Pero te he metido mucha prisa.

- No pasa nada. Oye, me voy a tener que ir enseguida. Tengo un cliente esperándome –el hermano del hombre miró el reloj y metió una marcha- ¿vamos?.

El hombre se apartó y le ayudó a embocar la entrada de los aparcamientos de la urbanización. El suelo era de grava y las ruedas crujían al avanzar.

- Déjalo aquí –dijo el hombre. Su hermano paró el coche, se bajó y lo ayudó a desenganchar el remolque -, aquí está bien. Yo tengo el mío ahí. Marcha atrás y salgo sin problemas.

¿Vais a salir hoy? Va a hacer buen día. No hace frío y casi no hay nubes.

- Por la tarde cambiará. Creo que vamos a aprovechar la mañana.

- Bueno, me voy. ¿Y Carmen?

- Está dormida.

- Dale un beso de mi parte.

Se besaron. El hermano del hombre entró en su coche y desapareció. El hombre lo despidió con la mano y volvió al apartamento. Cuando entró, su mujer estaba bebiendo café y fumando un cigarrillo. Él fue a la cocina y volvió con una taza humeante. La mujer miró al techo y dijo:

- ¿Sabes que hay una mosca?
- Sí.
- Es increíble que dure todavía. ¿No vivían cuatro días?
- Tendrá tres.
- Vuela muy despacio. Como si fuera una anciana.

La mujer hablaba de aquello sin querer hacerlo en absoluto. Habría preferido estar en silencio, sola, como antes de que él subiera.

- Es una mosca, Carmen. No es más que eso –dijo el hombre cogiendo el mando a distancia. Encendió el televisor y puso las noticias. Ella se levantó y entró en el balcón. Con un brazo cruzado por debajo del pecho y el otro vertical, acodado sobre el otro, miraba el mar azul y bebía café. El hombre se levantó y cerró la puerta corredera para que no entrara aire. Ella se giró al escuchar el ruido y lo vio cerrando la terraza y sentándose de nuevo, frente al televisor.

Pasaron el día sin hablar, hasta que se hizo de noche. Ella fue a comprar algo de comida a media mañana y cuando volvió encontró al hombre dormido, algo que le pareció extremadamente fuera de lugar, teniendo en cuenta lo que iba a suceder aquella noche, lo que tenía que suceder aquella noche. Imaginó que no habría dormido bien. En el televisor una mujer hablaba con otras mujeres. Cogió el mando y apagó el aparato.

A las ocho de la tarde él estaba en el balcón, entró y en salón y dijo:

- ¿Vamos?

Bajaron hasta los aparcamientos. Ella cogió el todoterreno y enganchó el remolque. Después él abrió el maletero del Ford y entre los dos cogieron a pulso un cuerpo embutido en una bolsa. Lo introdujeron en el maletero del cuatro por cuatro y fueron hasta la playa. Ella conducía. Colocó el coche de espaldas al mar y él deslizó la barca sobre el remolque hasta que cayó el mar, que estaba calmado y frío. Remaron los primeros metros, pero al ver lo poco que avanzaban decidieron encender el motor. Cuando el edificio rodeado de pinos se hizo tan pequeño como un ladrillo rodeado de arbustos, él paró el motor.

- ¿Ya? No, más lejos –dijo ella. Él la miró -. Más lejos.

El hombre volvió a encender el motor. Decidió que iría lejísimos. Tanto que ella se asustara. Al cabo de un rato escucharon un ruido. Un zumbido lejano. Él apagó el motor. Una pequeña lancha apareció por el sur. Llevaba una luz y se dirigía hacia ellos con rapidez. De pronto su luz se apagó. Pero los dos escucharon cómo se acercaba a ellos, el sonido cada vez más grave de un motor de gran cilindrada. Se miraron sin decir nada un instante y volvieron los ojos allí donde sonaba la lancha, al lugar aproximado por donde parecía acercarse el intruso. Al poco llegó hasta ellos una zodiac.

- Buenas noches –dijo un guardia enfocándoles con una linterna.
- Buenas noches –contestaron.
- ¿Están bien?
- Sí. Estamos bien –dijo el hombre.
- ¿Qué hacen aquí?
- ¿Aquí? Nada. Hablamos. Nos gusta el mar. Tenemos un apartamento allí –el hombre señaló la costa, pero ya nada podía identificarse bien – Disfrutando del mar.
- ¿Viendo las estrellas? - preguntó el guardia. No se veía ninguna estrella. Acercó la zodiac a la barca – A ver, cuidado. Voy a subir.

El guardia subió al bote e iluminó con su linterna unas mancuernas atadas con cadenas. Después enfocó la bolsa donde había un cuerpo sin vida.

- ¿Qué es eso?
- ¿Eso? Nada, unos bocadillos, y un poco de vino –dijo el hombre.
- Ábralo.
- Oiga, escuche –dijo el hombre acercándose.
- Quédese ahí. Abra la bolsa.
- Pero, hombre, es nuestro aniversario.
- He dicho que se quede ahí –el guardia abrió una mano y la acercó al pecho del hombre. Con la otra iluminaba su cara.
- Oiga, esto es –y no dijo más. La mujer entonces gritó:
- ¡Lo ha matado! ¡lo ha matado! ¡ha matado a mi hijo y! ¡y me ha obligado a! ¡a!

El hombre se abalanzó sobre el guardia y lo tiró al mar. Después se lanzó al agua y lo ahogó aprisionando desde atrás de su garganta con el antebrazo. Mantuvo su cuerpo dentro del agua hasta que estuvo seguro de que el guardia había dejado de respirar. Después nadó con el cadáver hasta la zodiac, subió y desde allí izó el pesado cuerpo mojado del vigilante costero. Estaba exhausto, respiraba con mucha dificultad y tosía. Cuando se recuperó vio la linterna del guardia, aún encendida en el fondo del mar, su foco lineal dirigido hacia la superficie, cada vez más tenue. Saltó hasta su bote y desde allí encendió el motor de la zodiac. El guarda costero muerto por asfixia se dirigió entonces hacia la nada de altamar a toda velocidad.

La mujer estaba temblando. Sentada, acurrucada en uno de los salientes de madera, con las rodillas muy juntas, miraba hacia abajo y sollozaba. El hombre carraspeó y tosió, ya sentado frente a su mujer.

- Mírame –le dijo. Aún se escuchaba el sonido de la zodiac, alejándose como una moto en una avenida – Mírame.

La mujer levantó la vista.

- No pasa nada. Ya está, ya ha pasado.

La mujer temblaba y hacía esfuerzos en vano por mantener la cabeza completamente inmóvil. El hombre entonces movió veloz su mano derecha y

agarró con el índice y el pulgar el pezón de uno de sus pechos. Ella gritó e intentó apartar su brazo con las dos manos, pero él dijo:

- No me toques. Sabes que apretaré más fuerte.

Apretó más fuerte. Ella volvió a gritar y separó las manos de su brazo, colocándolas inermes a ambos lados, a la altura de sus hombros, como un detenido.

- ¡No, por favor! ¿Eso no! –lloró- ¡Otra vez no!

- Así que es tu hijo. ¡Tu hijo! –gritó el hombre aplastando aún más el pezón con el lateral de un dedo y la base del otro. La mujer gritó con todas sus fuerzas y movió las manos arriba y abajo, dejando los brazos inmóviles.

- ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Rafa!

- ¡Puta de mierda! – gritó el hombre, y entonces comenzó a toser. Ella aprovechó para zafarse, pero aunque el hombre estaba ahora agachado, no había terminado de soltar el pezón de su mujer. Su pecho se tensó más y ella volvió a gritar desesperadamente. Intentó despegarse de su marido, pero no lo consiguió. Vio una de las mancuernas junto a su pie, la cogió y golpeó la cabeza del hombre, que aún tosía. Entonces la soltó. El hombre se llevó las manos a la cabeza y ella volvió a golpearle. Le dio en la mano. Volvió a golpearle, de nuevo, en la cabeza. Y otra vez. Golpeó la cabeza de su marido catorce veces, hasta que su cara se convirtió en una calabaza ensangrentada y sin forma, algo que ella no pudo ver con la pequeña luz verde que el bote portaba en popa. Se sentó junto al cadáver de su marido, llorando espasmódicamente. No consiguió calmarse, pero aún así, reunió fuerzas para enhebrar las cadenas con el cuerpo de su marido y de su hijo, y lanzarlos al mar con las tres mancuernas. Se hundieron por completo y ella encendió el motor y se dirigió a la costa. Al llegar entendió que no conseguiría subir la barca al remolque, así es que decidió enganchar el bote directamente al todoterreno con una cuerda. Dejó el remolque en la arena y condujo el coche con la barca hasta el aparcamiento, sobre la arena primero, después sobre el asfalto y finalmente sobre la grava. No sabía qué hacer, cómo guardarla. Intentó recordar cómo lo hacía él. No lo consiguió. Se bajó, desató la cuerda y dejó allí el bote astillado por la grava y el asfalto. Después subió al todoterreno y se marchó por la urbanización.

Condujo seis kilómetros hacia el norte, llorando aún y temblando. Iba despacio por la autopista y no se percataba de que lo hacía en tercera. A noventa el coche iba forzado, emitiendo un sonido muy agudo. Salió en la primera salida que encontró y paró en cuanto encontró un espacio, al lado de unos pinos. Apagó el motor y encendió un cigarrillo. Lo fumó con ansia mientras de fondo sonaba en la radio la voz de un locutor afable que hablaba de algo. Tiró la colilla por la ventana, después abrió la puerta, la apagó con el pie izquierdo y salió. Se dirigió hacia los pinos, iluminados levemente por las luces de posición. Se apoyó en uno de los troncos y permaneció unos minutos con la mente en blanco. Estaba aturdida, ajena por unos instantes a lo que le rodeaba. La suya era la cara de quien había perdido por momentos la cordura. De pronto volvió en sí y vio los árboles. Pensó en su hijo, pero no sintió ningún

remordimiento ni ningún dolor. Sintió alivio. Su hijo no era ya su hijo, no lo había sido desde hacía tres años. Su hijo muerto era un yonqui, un hijo de puta que había estado a punto de matarla dos veces, alguien que merecía estar en el fondo del océano envuelto en una bolsa de plástico para la ropa. La maternidad, ese pulpo inconsciente del que se decía era capaz de acabar con una mujer antes de acabar con su hijo, era una burda patraña de la que ella se había jactado para conservar su dignidad, y su vida. Se despegó del árbol y se limpió la mano llena de briznas contra el pantalón. El pecho le dolía, el pezón aún la quemaba. Lo tenía ensangrentado y con un enorme hematoma, pero no lo comprobó entonces. Pensó en su marido. Tampoco estaba arrepentida. Los últimos años habían sido terribles. Pero ella pensaba que el culpable de aquello también había sido su hijo. A pesar de todo no sentía dolor, ni aflicción. Allí, junto a los árboles, sólo sentía miedo, miedo por ella. Nada más. Las luces de posición alumbraban seis o siete troncos sobre un fondo gris e irreal como un final vacío que no contuviera nada. Pero ella sabía que detrás había más pinos y que después estaba el mar, calmado y oscuro junto a la arena fría. Sacó otro cigarrillo y se sentó en el suelo, pero algo le pinchó en el interior de un muslo y se levantó con rapidez para mirar el suelo. Volvió al coche y se sentó frente al volante. Fumó. Giró el dial hasta que encontró música y arrancó. Se encontraba mucho más calmada y consiguió conducir de vuelta hasta el apartamento a ciento diez kilómetros por la autopista, en quinta y escuchando aquella música exaltada de Handel, que sonaba en la cabina del vehículo a todo volumen como una epifanía, o como un juicio. Cuando salió del coche dio un portazo y comprendió que no estaba tan relajada como creía. El Mesías le había endurecido los nervios que, afilados, seguían pinchándole en la nuca. Subió hasta la casa y buscó un ansiolítico en el cuarto de baño. No encontró ninguno, fue a la cocina y se tomó tres pastillas de valeriana. A los pocos minutos se durmió en el sofá del salón, acurrucada como un erizo, volcada sobre sí misma.

Durmió seis horas. Se despertó al amanecer, pero la vigilia, que llegó brusca, no le devolvió a una realidad extraña o ajena: supo lo que había ocurrido desde que abrió los ojos, y también que debía estar lúcida para intentar guardar la barca, que estaba en el aparcamiento, y el remolque, aún en la playa. Fue hasta la cocina y preparó un café. Con la taza humeante en una mano, abrió la puerta corredera y salió al balcón dando pequeños sorbos y soplando el vaso. Ya había amanecido y el mar tenía esa tersa palidez de los comienzos pactados. Entonces miró la orilla. Su cuerpo se sacudió con un espasmo y el café cayó el suelo, quemándole la mano. Vista desde dentro de la casa se diría que le habían disparado o que había sufrido una descarga eléctrica. En el rompeolas había visto un cuerpo. Era su marido, con el cuello rodeado por una cadena en cuyo final no había una mancuerna. Pensó que había nadado sólo para matarla. Su hijo estaba en el fondo del mar, el guardia aún iba en línea recta en su zodiac hacia ningún sitio y su marido había reunido fuerzas para volver a por ella y matarla. Pero no era así. Estaba muerto. La pesa se había soltado y él daba vueltas al ritmo de las olas mínimas, con la cabeza reventada, muerto e hinchado como un naufrago. Lo miró desde el balcón. Tenía las rodillas clavadas en el suelo, una mano agarrada a uno de los barrotes de la baranda. Con la otra se tapaba la boca. Comenzó a llorar. Era un sonido extraño el que salía de su boca, muy diferente a cualquiera de los que

había emitido nunca antes. Con hipos y pequeños y agudos gritos que abortaba cerrando la boca y apretando los dientes. Estaba histérica. Abrió los ojos un poco más y vomitó dos tragos de café y dos de bilis en una de las esquinas de la terraza. Tosiendo, salió corriendo de aquella terraza y se fue.

El apartamento volvió a quedar vacío cuando el todoterreno arrancó y se alejó. Hasta que, una semana después, el hermano del hombre y tres policías entraron y buscaron alguna cosa durante dos horas. Desde entonces, y casi hasta el verano siguiente, la casa quedó a solas. El invierno y la primavera estuvo cerrada y nadie la abrió hasta junio. Pasaron varias tormentas, cientos de amaneceres, millares de minutos en los que aquel espacio domesticado se convirtió en un hueco donde el silencio se apoderó de los muebles y de todas las cosas, dispuestas al servicio de la quietud más absoluta. Las mesas, el sofá. Las cortinas. Los cuadros. Hasta que un día de junio, la puerta se abrió. El hermano del hombre muerto entró y se sentó en el sofá. Miró el cielo, que aquella mañana estaba límpido y con nubes cremosas, y fumó dos cigarrillos. Al cabo de una hora se marchó. Y al cerrar la puerta, un cadáver cayó del techo. Era la mosca, ya hueca, cuyo cuerpo vacío aún se aferraba boca abajo al hijo de la lámpara. En cuanto sonó el bramido blando y grave de la madera cerrándose sobre el acero, la mosca cayó al suelo como si fuera ceniza. Y allí permaneció junto al resto de las cosas.